

secretamente el designio que habia formado de abrazar la religion christiana, y que el ejército católico debía pasar al Africa para proporcionar á aquel príncipe la ocasion de cumplir sus piadosos deseos. Se dixo ademas que Carlos de Anjou, rey de Sicilia, habia empeñado á su hermano en llevar la guerra á aquellas partes, porque el rey de Tunez le rehusaba el tributo que pagaba á sus predecesores. Sea lo que fuere, Luis, seguido de un gran número de señores franceses, y de los príncipes, sus hijos, se transfirió á Aguas-Muertas, en donde debía embarcarse. El desembarco en las costas de Africa se hizo sin obstáculo. Luego que se executó, se apoderaron de un fuerte fabricado sobre las ruinas de la antigua Cartago, poniendo el campo sobre Tunez. Pero al cabo de algunas semanas, unas calenturas pestilentes, y una disenteria empezaron á destruir el ejército. Este mal hizo rápidos progresos; el mismo rey enfermó de él, y su muerte, que fué inmediata, llenó de consternacion todos los ánimos. La ciudad de Tunez que estaba bloqueada no podia sostenerse mucho tiempo. Pero la pérdida que acababan de tener los franceses desvaneció todo proyecto de conquista, y solo se pensó en alejarse de unas playas que la muerte del mayor rey que habia tenido la Francia hacia odiosas. Esta es la última cruzada de las que tuvieron por objeto combatir á los musulmanes, destruidores del culto de Jesu-christo en las regiones en que mas habia florecido durante muchos años, y quitarles las conquistas que habian hecho á los christianos con la fuerza y la violencia.

Si algunas de estas pias expediciones merecian la bendicion del cielo, eran sin duda las que san Luis habia dirigido. Este príncipe solo las emprendió con designios puros, y de desinterés. Por otra parte sus virtudes tenian algo que de tal modo movia, que los mismos infieles lo experimentaron. Cuentan los historiadores de su tiempo, que el viejo de la montaña, príncipe de los asasinios ó batenios, habiendo oido hablar de su proyecto de pasar al Asia con un poderoso ejército, envió dos vasallos suyos para asesinarle; pero que despues, sabiendo que era el monarca mas justo y religioso que habia en el mundo, le hizo advertir el riesgo que le amenazaba. Los mismos historiadores añaden que en efecto los dos asasinios fueron arrestados en Marsella, desde donde pensaban pasar á Francia para exe-

cutar su infame designio, y que san Luis los restituyó á su soberano cargados de dones. Esta conducta generosa de un bárbaro que hacia temblar á los soberanos del Asia en medio de su corte, da á conocer quán léjos se extendia la fama de este santo, y quánto se respetaba su persona.

ARTICULO V.

Reflexiones sobre las cruzadas, su influencia en los diferentes estados de la Europa, tanto con respecto á lo político, como á lo moral.

No faltaban los christianos de Europa á la justicia que debe regir á las naciones igualmente que á los particulares, armándose contra los sarracenos, que habian despojado á los emperadores de Oriente de sus mejores provincias, y corriendo en tropas de todas las regiones del Occidente á quitar á inhumanos conquistadores la ciudad de Jerusalem, cuna del christianismo, de la qual se habian apoderado con el hierro y la carnicería? ¿Los soberanos no salian de las reglas de la buena política, permitiendo aquellos armamentos de que no habia exemplo; aquellas emigraciones que duraron casi dos siglos, poniéndose ellos mismos al frente de aquellas expediciones lejanas, de que verosíblemente no debian recoger otro fruto que la despoblacion y empobrecimiento de sus estados? ¿Los papas, como cabezas de la religion, ministros de la paz, debian acaso excitar á los fieles á aquellas empresas sanguinarias, conducirlos con sus exhortaciones, y derramar sobre ellos los tesoros espirituales, para excitarlos con un pretexto de piedad á transferir la guerra al Asia?

Estas quèstiones ya se han propuesto desde algun tiempo por escritores franceses y otros autores, y entre el número de los que emprendieron resolverlas, hay pocos que hayan considerado quáles eran los tiempos, las circunstancias, las preocupaciones dominantes, y el espíritu del siglo en que nacieron las cruzadas. La mayor parte solo han consultado sus opiniones particulares, ó las ideas modernas, y solo han sacado sus respuestas de unas máximas incógnitas de los hombres, y siglos que han emprendido juzgar. Este proceder en una discusion, cuyo objeto es someter lo que se pasó en un tiempo de ignorancia y de

barbarie al tribunal de una razon perfeccionada, no debe producir sino conseqüencias falsas y arriesgadas. Los defensores de la sabia antigüedad quieren que para ponerse en estado de formar una justa idea de los escritores que produjo, y del mérito de sus obras, sea preciso transportarnos al siglo en que vivieron, estudiar los usos, el genio y las costumbres, y hacerse en algun modo contemporáneos de Pindaro y Homero, si se desean conocer sus bellezas y defectos. Esta regla es justa, y se sabe cuántos juicios falsos y decisiones inexáctas se han publicado por no haberla seguido: pero si este principio es cierto en literatura, no lo es ménos en la moral y en la política. Querer decidir sobre la conducta de los príncipes y de las naciones, que el tiempo ha separado de nosotros con tan largos intervalos, y no tomar por regla de nuestros juicios sino los principios y las ideas modernas, es faltar á las leyes del raciocinio, y á las de la equidad. Para no caer en estos dos inconvenientes, al juzgar los pontífices, los soberanos y los pueblos sobre el proyecto y execucion de las cruzadas, y las cruzadas mismas, salgamos de nuestro siglo, apartémonos de las nociones y luces que no hubiéramos adquirido si los hombres que nos han precedido no hubiesen incurrido en grandes faltas; imbuýámonos de las preocupaciones, y aun de los errores de aquellos remotos tiempos, y cerrando los ojos al estado actual de las cosas, coloquémonos en las circunstancias en que se hallaban nuestros mayores quando el entusiasmo de las cruzadas se inflamó de improviso en la Europa.

En primer lugar no se ignora que ántes de la primera cruzada, los príncipes christianos de Occidente, demasiado ocupados en su casa, ya en reprimir vasallos inquietos, ya en vengar las injurias personales, miraban el Oriente con una profunda indiferencia. Toda Europa estaba entónces en un estado de guerra habitual. Atacar y rebatir, meditar una empresa contra su enemigo, ó rehacerse de una derrota para combatir con mayor ventaja, era á lo que se ceñían las miras y el cuidado de qualquiera que poseia un reyno, un condado, dominios, ó un simple feudo. A no ser por la peregrinacion que la devocion hacia freqüente, se hubieran ignorado casi totalmente en nuestros climas los acaecimientos que hicieron al Asia mudar de aspecto, y el estado infeliz de la sociedad christiana en ul-

tramar. Toda la comunicacion que los pueblos de Occidente tenian con los de Levante se reducía á los viages de la tierra santa que la piedad hacia emprender. Desde la conquista de los árabes, se reunian en tropas, en estos largos viages, para defenderse contra las partidas armadas que estaban en los desiáderos, ó recorrían las llanuras con el designio de atacar y robar á los peregrinos. Estos encuentros ocasionaban de tiempo en tiempo combates entre los devotos viajeros y los mahometanos. Por este medio los christianos de Europa que iban á visitar los santos lugares, llenos por otra parte de las ideas guerreras con que habian sido educados, se acostumbraron por su propia seguridad á juntar los ejercicios de las armas á los devotos con que les estaba mandado santificar su peregrinacion. En su camino y mansion se instruian de las revoluciones que turbaban el Oriente, de los progresos que cada día hacían los musulmanes en aquellas regiones, de los infinitos males que causaban á los christianos de Asia, y de las pérdidas lastimosas que sufría de continuo el christianismo en los mismos parages que habian sido teatro de su gloria. A su regreso á Europa referían lo que habian oido; pintaban con los mas vivos colores los riesgos en que se habian visto, los ataques que habian tenido que rechazar espada en mano, la barbarie de los sarracenos, y la triste situacion de los católicos baxo unos tiranos tan destituidos de religion como de humanidad. Sus relaciones hacían verter lágrimas, se admiraba su valor, lloraban la suerte de los fieles expuestos á todo el odio de los musulmanes, y se representaban á aquellos crueles adversarios del christianismo como unos hombres tan feroces y tan sedientos de sangre, como los tigres y los leones que les disputaban los desiertos de donde habian salido. Pero no se pasaba mas adelante; y el pensamiento de levantar exércitos para quitar á los sarracenos lo que habian conquistado á los emperadores de Constantinopla á nadie se le ocurría.

Las impresiones de una piedad esteril hubieran sin duda sido las únicas señales de sensibilidad que habian dado los christianos de Occidente á sus hermanos tiranizados por los sectarios de Mahoma, si los emperadores griegos no hubiesen implorado su socorro contra aquellos vecinos formidables. En efecto, á pesar de las discordias que

entre ellos se suscitaban, y las revoluciones que á menudo les hacian mudar de gefes, adelantaban sus conquistas en Asia con una actividad que parecia crecer en lugar de disminuirse, extendiéndose á lo léjos. Desde el Eufrates hasta las costas del mar Jonio habian invadido las mas bellas provincias del imperio, sin contar el Egipto y los demas paises de que se habian hecho dueños desde la embocadura del Nilo hasta el Océano; y mas de una vez sus exércitos victoriosos habian hecho estremecerse á los sucesores de Constantino dentro de su capital. Debilitados con tantas pérdidas, y amenazados continuamente de experimentar aun otras, estos príncipes volvieron los ojos al Occidente, y á pesar de las preocupaciones que habian sembrado la desconfianza entre los griegos y latinos, esperaron que la Europa christiana no se negaria á defenderlos contra los destruidores de la religion que unos y otros profesaban.

No iban pues engañados. La Europa estaba llena de campeones siempre armados, de caballeros enemigos del reposo, que buscaban por todas partes ocasion de emplear su valor y de adquirir fama por medio de hazañas que pudiesen servir de exemplo. Así quando los embajadores de Alexo Comneno se presentaron en el concilio de Urbano II. celebrado en Plasencia en 1095, la solicitud de que venian encargados á nombre de su soberano fué atendida del pontífice, prelados y grandes de un modo que debió satisfacerlos. Expusieron los progresos diarios de los mahometanos, no ménos enemigos de la fe católica que de los soberanos de Constantinopla; los males de toda especie con que de continuo oprimian á los christianos cuyos paises habian subyugado; y las necesidades del imperio, que se hallaba en víspers de caer en poder de aquellos infieles con todos sus dominios; rogaron al papa emplease su mediacion con todos los reyes de Occidente, empeñándolos hiciesen liga contra los bárbaros que habian inundado el Asia en sangre christiana, y prometieron que el emperador uniria sus armas á las de los príncipes christianos para el recobro de la tierra santa y la total destruccion del mahometismo. Estas representaciones estaban apoyadas sobre motivos que movian tanto, y las promesas que las acompañaban eran tan ventajosas á la religion, que la cabeza de la Iglesia hubiera crei-

do faltar á su obligacion, rehusando al príncipe griego lo que justamente esperaba de su zelo y de su caridad.

Fuera de esto los christianos, dispersos por la Siria, la Palestina y el Asia menor, que gemian baxo el yugo de los musulmanes, atormentados y perseguidos con furor, vexados en sus personas, bienes y religion, escribian cartas patéticas á los soberanos pontífices, y hacian pasar á Europa relaciones persuasivas de sus humillaciones é infortunios. Se representaban en ellas sometidos á soberanos duros y caprichosos, embarazados en su culto, insultados sobre su fe, expuestos cada instante á perder sus propiedades y aun sus vidas baxo el menor pretexto, amenazados siempre de perecer ellos y sus familias por el hierro ó por el fuego; en una palabra viviendo como los primeros fieles en medio de las persecuciones. No veian otro alivio de sus males que la conmiseracion de los christianos de Occidente, cuyo zelo por la fe y heroico valor tenian fama en todo el universo. Los convidaban con sus sufrimientos y sus lágrimas á libertarlos de tan vergonzosa esclavitud, que los crueles usurpadores hacian cada dia mas insoportable.

Estas descripciones y quejas, ya tan interesantes adquiririan mas fuerza por la imaginacion de los que las escuchaban; porque esta facultad del alma es mas fuerte en los pueblos indóciles y guerreros, como eran entónces todos los de nuestros paises, que entre las naciones contenidas por el freno de las leyes, y civilizadas por la sociedad. Se figuraban las iglesias saqueadas ó destruidas, el culto divino abandonado por falta de ministros ó libertad, las ciudades incendiadas, sus habitantes pasados á cuchillo, los hombres degollados á millares, las madres y sus hijas expuestas á la brutalidad del soldado. Creian ver la santa ciudad y todos los lugares honrados con la presencia del Salvador profanados por la impiedad de los musulmanes. Les parecia escuchar los gemidos de los infelices christianos entregados sin defensa á todo el furor de los sarracenos, y se pintaban con los mas negros colores aquellos destruidores del christianismo, que juntaban todo el enagenamiento de unos ciegos fanáticos á los derechos de la victoria, cuyos efectos son tan crueles entre las naciones bárbaras.

Ya el entusiasmo habia inflamado los ánimos quando

el papa Urbano II. propuso en el concilio de Clermont tenido en 1095 la asociacion santa, á la que se llamó cruzada. Algunos autores han asegurado (entre ellos el juicioso abate Fleury) que Urbano reuniendo todos los príncipes christianos con el proyecto de una comun empresa para la conquista de Jerusalem, habia intentado calmar las guerras particulares que desolaban toda la Europa, y cuyos progresos no habia podido cortar la tregua de Dios. Si en efecto esta fué su intencion, su memoria debe ser grata á los hombres, porque no hay duda que ofreciendo las cruzadas un nuevo objeto al espíritu guerrero que reynaba en todo el Occidente, volvieron contra los sarracenos las fuerzas que los christianos empleaban en destruirse. Tambien se ha dicho que por este medio procuraba poner la Italia y demas partes meridionales de la Europa á cubierto de las empresas que hubieran podido hacer los mahometanos de Africa y España impidiendo á los de Asia les enviásen socorros. Es evidente que si esta mira era uno de los motivos que inclinaron á las cruzadas, á su autor se le debe mirar como al mas hábil y prudente político de su siglo. Pues desde la institucion de la guerra santa, mengua de dia en dia la potencia musulmana establecida al mediodia de la Europa.

Sea lo que fuere de estas conjeturas que no carecen de fundamento, lo cierto es, que segun las ideas entónces dominantes, y que servian de regla á la conducta de los hombres, la cabeza de la Iglesia no podia dexar de favorecer la justa solicitud del emperador griego, los deseos de los christianos de Asia perseguidos de los mahometanos, y declararse gefe de una empresa cuyo objeto era restablecer la religion christiana en los países de donde el eslamismo intolerante y sanguinario la habia arrojado. Quando se miraba á los sarracenos como usurpadores, y á los christianos que por fuerza habian sometido, como víctimas injustamente oprimidas, ¿es extraño que se resolviese rebatir á los unos y libertar á los otros, empleando para la execucion de este proyecto los mismos medios de que los primeros se habian servido para despojar y esclavizar á los segundos? ¿las armas no eran entónces como ahora la única via de que podian valerse las naciones para reprimir las injusticias que experimentaban, y vengar los ultrajes que recibian?

Considerando el asunto desde su origen, esta guerra era verdaderamente la ocupacion de los emperadores de Oriente y de los christianos de Asia. Los pueblos de Occidente solo entraban en ella como auxiliares; y si en lo sucesivo se hizo privativa de ellos, fué una consecuencia inevitable de las conquistas que hicieron á los infieles, y de los establecimientos que formaron en los países de donde los expelieron. Aquella nueva patria, que se habia adquirido baxo un cielo extranjero á costa de tanta sangre, bien se necesitó defenderla contra un enemigo que estaba siempre alerta, y de que no podian estar seguros sino trabajando sin reposo en debilitarle. Por una consecuencia igualmente necesaria de los acaecimientos de la guerra, los latinos establecidos en aquellos climas sufrieron pérdidas y desgracias, y para repararlas imploraron el socorro de sus hermanos de Europa; los cuales animados siempre del mismo espíritu corrian de todas partes á la voz de los de Oriente que los llamaban. Así los exércitos siguieron unos á otros por un encadenamiento de sucesos y reveses dimanados necesariamente de la primera empresa. El honor y la religion se hermanaban para excitar el valor y el zelo de la fe, y dar nuevo vigor al amor de la gloria. Ademas miraban á Jerusalem y la Palestina como el patrimonio de todas las naciones christianas. De ahí aquel ardor tan vivo y obstinado de la nobleza y del pueblo, que ni las derrotas, ni el cautiverio, ni la peste y otros mil funestos accidentes, pudieron entibiar hasta despues de dos siglos de inútiles tentativas y continuas desgracias.

Los privilegios concedidos por el papa á aquella guerra sagrada no pudieron ménos de contribuir á perpetuar por tanto tiempo en Europa la primera impresion hecha y comunicada con tanta fuerza. La cruzada equivalia á todas las penitencias, y era un medio fácil de expiar todas las culpas cometidas. Fuera de estas ventajas bien considerables sin duda para hombres que vivian desde mucho tiempo en la licencia y los desórdenes inseparables de la profesion de las armas, las personas y bienes de los cruzados eran inviolables mientras estaban en servicio, no podian ser executados por sus deudas; las excomuniones de la Iglesia aniquilaban á quantos osaban aprovecharse de su ausencia para causarles algun perjuicio; podian enagenar sus tierras sin permiso del señor feudal de quien depen-

dian; y si morian peleando contra los infieles, todo concurría á persuadirles que como soldados de Jesu-christo y defensores de la religion irian á participar de la felicidad de los santos en el cielo.

La política de los soberanos, que se valia de las ocasiones de reunir en su mano la autoridad de que tantos vasallos mas ó ménos poderosos los habian despojado, contribuyó á la duracion de las cruzadas. En efecto aquellos vasallos inquietos y siempre mal sometidos, que turbaban y llenaban de confusion los estados, que tomaban con frecuencia las armas contra sus soberanos, y que solo conocian superiores quando necesitaban ser socorridos, iban á conducir á países distantes su ambicion y su espíritu turbulento, empleándose en las guerras santas. En tanto que estaban ocupados allende del mar, sus soberanos mas tranquilos tenian tiempo de reparar los abusos, hacer observar las leyes, y de volver sin sacar la espada á ejercer sus derechos usurpados. De todo esto nace que casi en todos los tratados concluidos hácia aquella época entre los reyes y los vasallos, despues de guerras en que los últimos habian sido humillados, vemos que las principales condiciones impuestas á los vencidos son siempre el viage á la tierra santa y la guerra contra infieles por cierto número de años. El mayor interes de los príncipes era alejar los súbditos, cuya propension á la independencia era la causa ordinaria de todos los males que desolaban la patria.

La mayor parte de los historiadores y de los críticos atribuyen el mal éxito de las cruzadas á la disolucion de los cruzados, á su muchedumbre, al desorden de aquellos inmensos exércitos, á la desunion entre los generales, y á la intemperie del clima en que tenian que combatir. Estas diferentes causas sin duda han contribuido mucho á la pronta destruccion de las tropas innumerables de europeos que pasaban á la Asia como para sorberla, y de que apenas quedaban algunos millares poco despues de su arribo. Pero no son las únicas; otras no ménos activas, no ménos funestas, han concurrido juntas ó separadas á producir el mismo efecto. Las principales son: 1.^a La perfidia de los griegos, que temiendo á los cruzados despues de llamarlos en su socorro, los extraviaron por falsos caminos, les negaron víveres, emponzoñaron los pozos de que á gran precio se surtian, y se ligaron con los sarracenos

para su destruccion. 2.^a La ignorancia de los países en donde hacian la guerra en que apenas distinguian los caminos principales, ignorando totalmente aquel por menor de situaciones que una exácta topografía debe poner á la vista de los generales, si quieren evitar extravios en las marchas, y aprovecharse de las de sus enemigos. 3.^a La necesidad de fiarse de guias ignorantes ó sobornadas que los engañaban muchas veces por falta de conocimiento, y aun muchas mas por traicion. Varias veces los cruzados fueron así conducidos ya por caminos desconocidos, ya por desiertos áridos, en donde no encontraban ni víveres, ni agua ni forrage, ya por desfiladeros en donde fueron despedazados por los árabes que se habian apoderado de las alturas. 4.^a Los defectos de los planes y convenciones de los gefes, cosa tan necesaria para fixar el orden de las operaciones militares y asegurar su éxito. Marchaban y combatian á la ventura, y el valor mal dirigido, víctima de su confianza, iba casi siempre á caer en los lazos que le armaba el enemigo. 5.^a La falta de almacenes y repuestos para la subsistencia de las tropas; los pocos víveres que se embarcaban, se habian casi consumido quando llegaban á tierra, de modo, que en breve se hallaban reducidos á la mas horrible necesidad por la multitud innumerable que habia que sustentar, y la precaucion que tomaban los sarracenos de asolar los campos. 6.^a El sistema feudal que llevaron consigo los señores, no conociendo otra especie de gobierno, y sujetando sus conquistas á las costumbres actuales de la Europa. De ahí resultaron los mismos inconvenientes que hacian los pueblos de Occidente tan miserables y viciosos. Se vió nacer entre los barones latinos que se habian formado establecimientos de alguna entidad en el Asia la misma independencia, rivalidad, disensiones de orgullo y de venganza; en una palabra, los mismos principios de destruccion, cuyos funestos efectos experimentaban tanto tiempo habia la Francia y demas estados de la Europa. Reúnanse todas estas causas del mal suceso de los cruzados, hágase atencion á los nuevos grados de energía que adquirieron, combinándose segun las diversas circunstancias dimanadas de los acaecimientos, y no se extrañará que un número tan prodigioso de guerreros conducidos al Asia por la esperanza de las conquistas no hallasen sino su sepulcro.

Los que han considerado á los cruzados con tanto rigor, mas, como lo hemos dicho, por los sucesos infelices, que por los motivos respetables, ó á lo menos especiosos, parecen mejor fundados quando censuran el abuso que se hizo en lo sucesivo. Al principio no teniendo estas lejanas expediciones otro objeto que la defensa de los christianos oprimidos de los infieles, y el recobro de los países que habian sido cuna del christianismo, invadidos sus dueños legitimos por injustos despojadores, no presentaban cosa contraria á los principios de la religion y justicia natural. Pero quando se extendieron á los hereges, á los paganos del Norte de la Germania, y aun á los príncipes, que solo habian tomado las armas contra los papas, que por conservar sus derechos y autoridad despreciaban abiertamente las máximas de dulzura y humanidad que se enseñan en el Evangelio, debian inspirar tanta tibieza, quanto las primeras habian excitado de emulacion. Sin embargo vemos que las abrazaron sobre todo en Francia con el mismo entusiasmo que si se propusiesen sacar á Jerusalem del yugo de los musulmanes, y vengar la sangre christiana en el pueblo infiel que la habia derramado. Pero el ardor con que se tomó la cruzada en la guerra contra los albigenses, y en las que los papas sostuvieron con tanta obstinacion contra los príncipes de la casa de Suavia, tenia su origen en las preocupaciones del tiempo. No se habia dudado fuese permitido atacar espada en mano á los sectarios de Mahoma, enemigos declarados del christianismo, y perseguidores desapiadados de los que le profesaban. Y no se dudó tampoco que la Iglesia tuviese derecho de exhortar á sus hijos á desenvaynar la espada contra los hereges rebeldes á sus leyes que atacaban sus misterios, insultaban á sus ministros, y destruian su culto. De esta persuasion, á la que hacia mirar como hombres odiosos, y no ménos culpables que los hereges á los príncipes que se armaban contra el papa, cabeza de la Iglesia, y á todos sus partidarios, solo habia un paso. Se dió sin escrúpulo, y sin sospechar que hubiese la menor diferencia entre todas estas guerras que parecian igualmente santas, porque igualmente tenían por motivo el zelo de la religion. Así los christianos de aquel tiempo lamentable, arrastrados de unos errores de que no podian excusarse, se degollaban mutuamente sin piedad, invocando el Dios de la paz, cuya causa creian defender.

Si las cruzadas degeneraron en abusos, si causaron verdaderos males por la execucion que se les dió, llevándolas mas allá de los justos límites, en lo qual nada nos asegura que el papa Urbano II. no tuviese intencion de contenerlas, ¿con cuántas ventajas no se recompensaron estos males y abusos? Convendremos de buena gana en que los distintos bienes que han producido, no se habian previsto ni aun sospechado por los que propusieron é hicieron adoptar el proyecto de estas piadosas expediciones; pero tampoco previeron las infinitas calamidades que debian traer, y los desastres que fueron causa de su funesta resulta. Unos y otros, como no se puede negar á vista de lo que hemos dicho, fueron consecuencia de las circunstancias, y nacieron igualmente del estado que tenia la Europa en el tiempo de que hablamos. Se razonaria pues tan mal, apoyando la censura de las cruzadas sobre sus funestas results, como estableciendo su justificacion sobre las ventajas que de ellas se siguieron, habiendo todo acaecido contra las miras y prevision de los hombres.

Los buenos efectos de las cruzadas, y su influencia saludable sobre los diferentes estados de Europa, por lo tocante á la política y á las costumbres, no se han ocultado á los mismos que las criticaron con ménos moderacion. Por no extender demasiado este artículo ya prolixo, nos contentaremos con indicarlos concisamente. 1.º Las cruzadas de Oriente reprimieron á lo ménos por algun tiempo el poder musulman. Enervados con tantos combates necesitaron muchos ejércitos para reparar sus pérdidas; y hasta haber hecho grandes esfuerzos para restablecer su dominacion en el estado de superioridad que tenían ántes de la guerra, no renovaron sus antiguos proyectos sobre la Europa. 2.º Abrieron una comunicacion mas libre y constante entre nuestras regiones y las de Oriente. Esto fué un principio de actividad para el comercio y la industria. Las ciudades comerciantes que dividian el imperio del mediterráneo, hallaron un incremento de riquezas y de poder, de suerte, que la plata de Europa, que habia ido á derramarse por el Asia, se le restituyó con usura por un efecto de circulacion. 3.º Libertaron poco á poco á la Francia y los demas estados de aquel tropel de pequeños tiranos, que baxo el nombre de condes, barones y castellanos se habian arrogado los derechos de soberanía por la ley del mas fuerte, y de

que no se servian sino para desdicha de la humanidad. Muchos perecieron allende el mar, y gran número de otros se vieron en la necesidad de enagenar sus dominios para subvenir á los gastos de varias empresas, en las cuales se empeñaban; hubo algunos que tomaron la cruz mas de una vez, ya por inclinacion, ya por necesidad. 4.º Facilitaron á los soberanos los medios de restituir á su origen una parte del poder de que se habia dexado despojar la debilidad de sus predecesores, y de reunir á la corona por distintas vias los dominios de que tantos súbditos avaros y poderosos se habian apoderado en el tiempo de anarquía. Entre aquel gran número de señores feudales que pasaron al Asia durante dos siglos, unos murieron sin herederos, en cuyo caso la ley hizo la reunion; otros vendieron sus tierras á sus soberanos, que así volvieron mediante sumas moderadas á gozar sus antiguas propiedades. 5.º Proporcionaban á los moradores de las ciudades y aldeas una ocasion de hacerse libres, comprando la libertad que le vendian los señores, á fin de procurarse los fondos de que necesitaban para presentarse con esplendor en los ejércitos, porque la vanidad es de todos los siglos; y la locura de arruinarse por ostentar, no ha comenzado en nuestros dias. De este modo los pueblos adquirieron una existencia civil que hasta entónces no tenian, y los privilegios que obtuvieron en lo sucesivo, los hicieron contar entre los miembros esenciales de la sociedad. 6.º Establecieron una proporcion mas legal entre las distintas clases de ciudadanos de que se componen los cuerpos políticos. La nobleza se humilló por la disminucion de su poder y de sus riquezas, la magistratura dedicada únicamente al estudio de las leyes, para procurar su execucion, comenzó á formar una profesion distinguida, y los plebeyos ó ciudadanos, saliendo de la inercia y de la nada, entraron en la composicion de la sociedad por los derechos de ciudadanos, de que fueron puestos en posesion. 7.º Contribuyeron á dar á conocer los verdaderos principios de gobierno, que son la independencia del soberano, el respeto de las propiedades, el imperio de las leyes, la justa distribucion de los impuestos, y la imparcialidad de la justicia para con todos los ciudadanos. Las ideas del orden, y del bien público, se hicieron mas claras y comunes; procuraron útiles providencias, y facilitaron la abolicion de una multitud de abu-

sos destructivos. 8.º Extendieron los conocimientos en las ciencias y artes, por la correspondencia que establecieron entre las naciones europeas y los pueblos de Oriente, y sobre todo por los enlaces que obligaron á formar á los latinos con los griegos que habian conservado la elegancia y cultura, de que hasta entónces solo habia tenido el Occidente nociones imperfectas. No llevemos mas adelante esta numeracion. Lo que acabamos de exponer basta para convencer á todo hombre juicioso de que las cruzadas han influido favorablemente en la Europa, ya respecto del orden político, ya del moral.

Las observaciones recogidas en este artículo son el extracto imparcial de quanto se ha escrito sobre las cruzadas. Los mejores historiadores y los críticos mas ilustrados han sido nuestras guias. Analizando lo que han dicho en pro y en contra de estas expediciones que hicieron brillar tantas heroicas hazañas y tantas atrocidades, hemos procurado guardar un justo medio entre los escollos de una amarga crítica que todo lo condena, y de una preocupacion superstitiosa que nada ve reprehensible en las cosas en que se hacen entrar motivos de religion.

ARTICULO VI.

Estado del entendimiento humano respecto de las ciencias, y de las letras en el siglo XIII.

El imperio de Oriente era, como hemos visto, desde mucho tiempo el teatro de la mas sangrienta catástrofe, y facciones que parecian nacer unas de otras despedazaban la capital y las ciudades. Sin embargo, en medio de estos disturbios y las públicas calamidades que de ellos se ocasionaban, en ninguna parte florecian tanto las ciencias y artes como en Constantinopla. Las cultivaban con una especie de emulacion á lo ménos en los ramos de gusto y de lujo, que tienen relacion al deleyte de los hombres ricos y voluptuosos. Los griegos eran siempre como en otro tiempo comparados con los otros pueblos la nacion mas espirituosa, mas ilustrada y mas culta del mundo. La misma elegancia y refinamiento en todas las cosas que alhagan los sentidos, y que sirven al fausto, á los placeres y á la comodidad, se habian llevado tan léjos que apenas se po-